

Las **V**acaciones en **N**atal de una **f**amilia **f**antasmal

ENRIC LLUCH



Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración

Antonio Perera

Coordina la colección

Equipo Dylar

Diseño

Alfonso Méndez Publicitat

Maquetación

copion

Fotomecánica

copion

Impresión

Brosmac, S.L.

Depósito legal:

ISBN: 978-84-92795-49-9

© Enric Lluch

© DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es

Este libro está impreso sobre papel reciclable, ecológico, libre de cloro, y contribuye al desarrollo sostenible de los bosques.

Las **Vacaciones**
en **Natal** *de una*
familia *fantasmal*

ENRIC LLUCH



Enric Lluch



¿Conoces al autor?

Nació en Algemés, es Licenciado en Historia y, desde hace bastantes años, se dedica a la Literatura Infantil y Juvenil. Ha obtenido, entre otros, el premio de la Crítica del IIFV, el premio Samaruc, el premio Vicent Silvestre, el premio 10 de Alfaguara-Vorammar, el Barcanova de Literatura Infantil, el Enric Valor de Literatura Juvenil, etc. Ha publicado más de sesenta libros, ha sido traducido a todas las lenguas del estado y parte de su obra ha sido transcrita al sistema Braille. Entre sus obras podemos destacar *Potosnáguel*, *El rei Panxut redola i el rei Primal s'envola*, *Eugenio: un genio mal genio*, *El enano Gumersindo y la princesa Noanín*, *Tu Tirant, jo Carmesina*, *Caballero o caballera lo sabrás a la primera*, *L'inventor Xaveta*, *El faraón Nariz-otas*, etc.

Rellena tu ficha



Enric Lluch nació en

.....

y es licenciado en

Desde hace bastantes años se dedica escribir libros de literatura

.....

¿Cuántos libros ha publicado?

.....

¿A cuántas lenguas se han traducido sus libros?

.....



¡Vacaciones!

La ventolera fue tan fuerte que hasta algunas ramitas de los pinos que envolvían el castillo volaron por encima de las almenas. La misma ventolera provocó que aquel papel fuera a parar al interior de la buhardilla en donde residía la familia Bermúdez-Casasnuevas.

El hijo pequeño, Martín, recogió el papel del suelo al mismo tiempo que escuchó la voz de la madre que le advertía:

—Cierra las ventanas, hijo, o entrará todo el polvo habido y por haber.

Martín leyó el papel, en realidad, un folleto publicitario.

Viaja al paraíso brasileño

Es un paraíso de clima tropical y naturaleza salvaje. Se llama Natal y ahora lo puedes conocer por menos de lo que piensas.

Vuelos desde Madrid, Barcelona, Bilbao y Sevilla.

Antes: ~~1.210,95 €~~ - Ahora: 695 €

Martín, con el papel en la mano, se dirigió al salón, donde la madre trataba de ordenar las facturas y los recibos.

—¿Qué es eso, hijo?

Y también leyó el contenido del folleto.

Casi enseguida, regresaron el padre y la hija mayor, Eulalia.

—¡Brrr, qué viento! —exclamaron casi al unísono.

Padre e hija intentaron sentarse en el sofá, pero la madre, Engracia Casasnuevas, se puso los brazos en jarras y les dirigió una mirada que no admitía réplicas.

Con todo el polvo que lleváis encima, pondréis el sofá hecho una birria.

Así pues, padre e hija, antes de descansar, se dieron una buena ducha y se cambiaron de sábana.

¿Se cambiaron de sábana?

Exacto. Los Bermúdez-Casasnuevas eran los componentes de una familia de fantasmas que tenía su residencia en la buhardilla del castillo del conde del Manzano. Además de su trabajo habitual —meter miedo a los visitantes—, el conde solía proporcionarles trabajos extra en los palacios y castillos de sus amigos y conocidos.

Precisamente el día anterior, el padre fantasma Antolín Bermúdez y su

hija Eulalia se habían desplazado al palacio del duque del Hinojo. Al final de la cena de gala, con la última campanada de medianoche, padre e hija habían soltado siete alaridos y otros tantos aullidos que habían puesto los pelos de punta a todos los invitados.

—Buenos fantasmas, sí señor —comentó el vizconde de la Cueva Oscura una vez repuesto del susto.

—¡Quién pudiera tener unos fantasmas así! —murmuró la baronesa del Pedrusco.

Terminado el trabajo, padre e hija descansaron un par de horas en los sótanos del palacio y, después de engullir un par de soplidos de aire enlatados que solían llevar para los desplazamientos, se dirigieron de vuelta a casa.

Antes de llegar al arroyo que daba entrada a los terrenos del castillo, se levantó la ventolera y, por eso,

no tuvieron más remedio que aferrarse a los troncos de los pinos. ¡Claro! No hace falta explicar que los fantasmas pesan muy poco, exactamente lo que suele pesar la sábana que utilizan.

Por culpa de aquel vendaval, cuando llegaron a la buhardilla, llevaban polvo hasta en el interior de los agujeros que les servían de ojos y hasta el interior del agujero que les servía de boca.

Una vez duchada y cambiada, Eulalia se sentó en el sofá y leyó el folleto. Después de leerlo, exclamó:

—¡Me gustaría ir de vacaciones a este sitio!

Martín, que andaba buscando una canica debajo de la alfombra persa, no tardó ni un segundo en añadir:

—¡Toma! ¡Y a mí!

La madre dejó las facturas y los recibos sobre la mesa que presidía el

salón y suspiró desde el fondo de su sábana.

—¡Ay, si es por ganas, seguro que no me ganáis!

De manera que, cuando se presentó el padre, le plantaron el folleto a un palmo escaso de su campo de visión.

—¿Qué es esto? —preguntó sorprendido el cabeza de familia.

La madre respondió por ella y por sus hijos.

—Lee, Antolín, lee.

Así lo hizo el fantasma. Y cuando terminó, se quedó mirando a su esposa y a sus hijos y preguntó intrigado:

—¿Y qué?

Eulalia tomó la palabra.

—Pues eso. Que hemos pensado que podríamos irnos de vacaciones... a Natal, o sea, al sitio que pone en el folleto.

Al padre, de la impresión, le faltó un empujoncito para caer de espaldas al suelo. Un instante después, cogió todo el aire que pudo y contestó en un tono poco apropiado para un fantasma de su categoría.

—Los fantasmas... en fin, los fantasmas no podemos irnos de vacaciones.

El pequeño Martín tiró de la sábana del padre y dijo mientras iniciaba un gimoteo:

—¿Por qué no, papá?

El fantasma Antolín Bermúdez miró a su esposa como pidiéndole ayuda para encontrar la respuesta justa y adecuada. Pero Engracia Casasnovas, en lugar de echarle una mano, rezongó:

—Lo tenemos más que merecido.

Al padre fantasma le fallaron los bordes de la sábana y poco faltó para que se desplomara en el suelo.

Con muchísimo esfuerzo, consiguió apoyarse en el reposabrazos del sofá y dejarse caer a plomo.

Una vez aposentado, suspiró profundamente y, a continuación, indicó a los tres miembros de su familia que se sentaran a su lado. Y mientras la esposa y los hijos trataban de encajar en el espacio de sofá que quedaba libre, el padre intentó preparar las palabras oportunas para poder salir del apuro.

—Los fantasmas no tenemos medios de locomoción... —empezó diciendo.

—¿Qué es eso, papá? —A Martín aquello de los medios de locomoción le sonaba muy raro.

—Pues que no disponemos de coche, ni de moto. Vamos que, por no tener, no tenemos ni bicicleta —el fantasma Antolín creyó que iba por buen camino, así que continuó hablando—.



Y, por si faltara algo, ese pueblo está en Brasil, o sea, al otro lado del mar.

La hija carraspeó antes de meter baza.

—Papá, a ese sitio se va en avión, que lo pone en el folleto.

—¡Exactamente! —confirmó la madre—. Y podemos cogerlo en cuatro aeropuertos distintos, a elegir.

Al fantasma Antolín se le nubló la vista durante un momento. A pesar de ello, intentó sacar fuerzas para aclarar que jamás había escuchado que los fantasmas se tomaran vacaciones y, menos aún, montados en un avión.

El hijo dio un brinco sobre el sofá:

—¡Viva! ¡Seremos los primeros!

Al padre fantasma le dio un soponcio y se quedó desmadejado.